

Lo de Santa Rusia.

("Heraldo de Madrid", Madrid, 2 febrero 1905)

2117 11

2-46

LO DE LA SANTA RUSIA

Apenas nos enseña nada la experiencia ajena cuando viene no más que en forma de advertencias, ideas ó doctrinas y no incorporada á utensilios, artefactos ó mecanismos. Si no fuera por las diferentes máquinas de vapor, de muy poco nos serviría, si es que de algo, cuanto sobre el vapor y sus propiedades hayan escrito todos los que de ello han tratado. El que lega un utensilio lega con él la ciencia toda que concurrió á crearlo.

Y una cosa análoga ocurre con la Historia. La Historia, tomada como el simple relato de las cosas que pasaron entre los hombres, es una de las disciplinas menos educadoras. Apenas pasa de ser el género literario. En cambio, la Historia, en el sentido del curso mismo de los acontecimientos humanos, es útil y educadora en cuanto deja utensilios sociales, instituciones, leyes, hábitos. La Revolución francesa influye en la vida social de la Francia de hoy, en virtud de lo que legó á ésta; pero me permito dudar de que influya cosa alguna el recuerdo de lo que pasó entonces. El hombre, individual y colectivamente, es un animal olvidadizo. Y, sobre todo, no escarmenta jamás en cabeza ajena.

Ahí está lo de la santa Rusia, que trae á la memoria de muchas gentes la Revolución francesa. Es seguro que los consejeros del Zar saben qué fué esa famosa Revolución, y hasta muchos de ellos habrán leído las historias que de ella se han escrito, recreándose en su lectura y diciéndose: «La verdad es que á este pobre pueblo no le faltaba razón.» Pero si ahora se les recuerda eso, es también seguro que responderán, como si lo oyese: «El caso no es el mismo; hay una enorme diferencia del estado del pueblo francés á fines del siglo XVIII al estado del pueblo ruso á principios del siglo XX.»

Y lo que dirán—de esto no debe cabernos duda—es que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y á qué se meten los intelectuales—los odiosos y



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Heraldo de Madrid 2 II 1905

odiados intelectuales—á juzgar de lo que á Rusia conviene.

Tiene una curiosísima psicología la resistencia de los Gobiernos tiránicos y la resistencia de todo sistema anacrónico de gobernar.

Poco sé de lo que pasa en Rusia y de cómo piensen y se expresen los partidarios de la resistencia; pero no se necesita ser muy avisado para barruntar, á través de lo que nos cuentan, que la opinión del elemento intelectual europeo es uno de los motivos más poderosos que alientan á los reaccionarios rusos en su campaña de bárbara represión. No pueda tolerarse que esos miserables escritores los pretendan dirigir la gobernación de un pueblo como el ruso.

Las doctrinas que propagan los revolucionarios no son mas que delirios y extravagancias de extranjeros, doctrinas exóticas, disparates germánicos ó británicos, cosas que acaso sean buenas para ellos—si es que lo son—, pero no para el pueblo ruso; paradójicas y, sobre todo, errores manifiestos, pues que están en contradicción con los principios de la santa Iglesia ortodoxa. El hereje es un traidor á la patria, un mal ruso. Lo castizo es el *tenut* y el *ukase*; lo castizo es el Zar y el Santo Sínodo.

El presidente del Santo Sínodo ha declarado que Rusia se sustenta sobre el zarismo y la ortodoxia; es decir, sobre la alianza del Altar y el Trono. Y en esta alianza rara vez se sabe quién pierde más, si el Trono ó el Altar ó, mejor dicho, si la patria ó la religión. Por mucho que la patria pierda ligando su existencia á la de una forma determinada de culto religioso, pierde mucho más la religión ligándola á una patria. La religión será ó individual ó universal; mejor dicho, tanto más universal cuanto más individual sea, y precisamente por serlo—pues lo que es de cada uno de los hombres lo es de todos—; pero nunca nacional. Nacionalizar una fe religiosa es degradarla y envilecerla.

Pero los tiranos del pueblo ruso no deben pensar así. La ortodoxia es para ellos el patriotismo, y cabe suponer que juzguen más peligroso á un protestante ó á un católico que no á un ateo, porque el ateo no trasciende á país alguno y el protestante huele á alemán ó inglés y el católico á latino. Ateo es una de las cosas más inocentes que se puede ser para esos singulares ortodoxos por casticismo.



¿Tolstoi? ¿Gorki? ¿Qué es eso? Unos extravagantes, ganosos de popularidad, que escriben singularidades porque se hable de ellos, y que se han educado atracándose de libros franceses, ingleses y alemanes; unos malos rusos.

A Rusia hay que gobernarla en ruso y no en inglés, y todas esas libertades traducidas son mandangas y embolismos con que embaucan al pobre pueblo cuatro intelectuales. El pueblo ruso no está preparado para semejantes libertades, ni sabría qué hacer de ellas. Y además, ¿qué saben de nuestras cosas?

Y viene lo más grave, lo que más parece indignar á los tiranos, y es que aprovechen esas gentes para armar revoluciones la ocasión en que el honor de la patria se halla empeñado en una guerra con el Extranjero. Y no sirve que se les diga que la guerra no es del pueblo ruso contra el japonés, pues aquél no ha recibido agravio alguno de éste, sino que más bien podrá llegar á considerarle un día como su liberador; no basta esto. Cuando al que manda á un pueblo se le ocurre meterse en una empresa absurda y acaso perversa, el pueblo debe ayudarle y sacrificarse al error ó á la maldad de su Soberano.

Eso de indignarse porque el pueblo aproveche la guerra exterior para tratar de sacudir sus cadenas me recuerda lo de un fabricante amigo mío, que estaba irridísimo porque á sus obreros se les ocurrió declararse en huelga cuando, teniendo más pedido, necesitaba más de ellos. Y porque intenté convencerle de que eso era lo natural y esa la ocasión en

que mejor podían declarársele en huelga con probabilidades de conseguir lo que buscaban—y la huelga es tanto más justificada cuanto es más probable conseguir lo que con ella se busca—, porque intenté convencerle de esto por poco me pega. Si llega á ser Zar y yo súbdito suyo, me deporta á Siberia ó me hace ahorcar por traidor á la patria.

Ahora en que está Rusia empuñada en una contienda con el Japón, y en que los ojos todos están sobre ella y su prestigio en juego, ahora es cuando se les ocurre rebelarse á esos locos. ¡Duro en ellos! No parece sino que lo hacen adrede para dar la razón á esos sucios alemanes, que tan mal hablan de nosotros, sin conocernos, por supuesto, ó á esos pérfidos ingleses, que nos están acechando. En esto anda el oro inglés; no cabe duda.





¡Y hablan luego de tiranía!... ¿Puede haber más libertad que en esta santa Rusia? Sospecho que piensen así, porque tengo entendido que en licencia de malas costumbres y en tolerancia al vicio se abre allí mucho la mano. Y no me sorprende. En estas santas Rusias se ponen los Mandamientos de la santa Iglesia ortodoxa por encima de los de la Ley de Dios, y el no inclinarse ante un icono es más grave que el pasar la noche en vergonzosas orgías. La pornografía es un derivativo de la herejía.

¡Hablan de tiranía!... Decididamente, esos que se llaman europeos por antonomasia son insoportables; no debe hacerse caso de esa especie de cofradía que han formado los intelectuales de los países que se tienen por cultos, tratando de imponernos su criterio. Eso sería la muerte del casticismo ruso, el fin de nuestra fisonomía como pueblo. No podemos ni debemos renegar de nuestras gloriosas tradiciones.

Y luego viene lo más terrible, lo más triste, lo más desconsolador, y es esas masas inconscientes de pobres soldados que, muertas sus almas por la más degradante disciplina, disparan contra sus padres y sus hermanas y defienden la causa de los que los tiranizan. Esta disciplina es el misterio de iniquidad de los pueblos embrutecidos. ¡Pobre santa Rusia!

¿Y qué pensarán esos tiranuelos que engañan al Zar del ruso que diga: si Rusia ha de ser así, mejor es que no sea? Este sí que será el monstruo de la impiedad, es decir, del antipatriotismo. No olvidemos que la razón que dieron para condenar á Jesús á muerte los que le condenaron es que era antipatriota, que con sus predicaciones hacía que los romanos destruyesen la nación judía.

A todo lo cual no cabe sino poner como comentario aquello de: *Quos Deus vult perdere, dementat prius.*

Miguel de Unamuno.

